EN EL MARAVILLOSO PAIS DE HADAS DEL JAPÓN

El Japón es el país de hadas del mundo. Por su hermosa perspectiva y por la maravillosa gama de los colores que nos ofrece, más parece un encantado edén que el país que tanto pesa en el trabajo mundial.



LABRADORES JAPONESES TRABAJANDO EN UN CAMPO DE ARROZ

EL PAÍS DEL SOL NACIENTE

LAS VACACIONES EN EL PINTORESCO JAPÓN

UNA de las maneras de ver el Japón es dar la vuelta al mundo, y situarse en el centro el mayor tiempo posible.

Ponemos un dedo sobre la esfera en el lugar que ocupa la Gran Bretaña, y otro en el que ocupa el Japón y meditamos un momento. Si vamos hacia el Oeste, para llegar al extremo Oriente, tenemos que cruzar dos grandes Océanos y un continente. Si tomamos la dirección Este, podemos hacer en vapor toda la travesía, pasando por el Mediterráneo, Canal de Suez y Océano Índico, lo que nos emplea unas siete semanas; o bien, podemos cruzar en ferrocarril de un extremo a otro del doble continente Eurasia, que se extiende entre Inglaterra y el Japón, el cual es un viaje asombroso, de unos quince días. También puede irse de París a Moscou y de allí a Vladivostock para pasar luego por el mar del Japón, empleando unos cuantos días más.

Pero este billete de ida y vuelta cuesta más de lo que muchos de nosotros podemos gastar en viajes de recreo; y, aunque nos sirviéramos de él todo el tiempo que es válido—dos años—es tanto lo que hay que ver y admirar, que nos veríamos obligados a viajar aceleradamente y siempre diciendo adiós a los lugares antes de haber entrado en ellos. Es triste tener que decir adiós,—*sayonara*—al Japón. De modo que preferimos buscar otro camino, sin billetes de ferrocarril ni tristes adioses.

Supongamos un hermoso jardín floreciente y oloroso, y tumbados nosotros en una hamaca, mirando al azulado espacio, recorreremos, es decir, recorrerá nuestra fantasía el país del sol naciente.

Fijémonos en que la larga cola de islas que hoy forman el imperio del Japón, parten de la costa Este del Asia, desde Sakalin a Formosa. Son la parte más elevada de una enorme cadena de montañas que se levantan desde las profundidades del mar. Hacia el Norte, casi todo el año es invierno, y allí, sobre todo en la isla de Yeso, viven, los que pudiéramos llamar, los duendes del país de las hadas del Japón.

Estos son los *ainos*, descendientes de una de las razas más antiguas del Japón y completamente distinta de las demás, que han sido empujadas paulatinamente hacia el Norte. Viven separados de los japoneses, con costumbres propias muy interesantes. Como ni progresan ni estudian ni evolucionan, pronto desaparecerán como raza.

En la parte más al Sur del Imperio de

las Islas—en la bella Formosa—casi todo el año es verano. También aquí los naturales del país son muy diferentes



LA CALLE PRINCIPAL DE TOKIO

de los japoneses, de quienes dependen, desde hace poco tiempo.

El grupo principal del Japón lo forman las islas que dan frente a Korea—situadas al otro lado del mar del Japón. En ellas se hallan las grandes ciudades y puertos que se han formado en pocos años, con asombro del mundo entero.

Allí se yerguen también las enormes montañas que guardan en su seno infinitas riquezas, aunque algunos de sus picos lanzan llamas y humo y siembran la muerte y la destrucción.

También allá cruzan las abruptas montañas pequeños riachuelos que, serpenteando entre espuma, descienden murmuradores en la época de las lluvias, para morir en el mar. También se encuentran multitud de pequeñas huertas y fincas rurales, en donde, a fuerza de grandes ciudados, se recogen importantes cosechas, merced a la circunstancia de ser espléndidamente regados los valles, ya que se han construído acá y acullá terraplenes para encauzar y dirigir las aguas.

Los picos de las altas montañas se ven reflejados en muchos lagos tranquilos y bordeados por altos sauces, que a su vez se miran en las durmientes aguas, siendo tan singular el efecto que producen aquellos espejos naturales, que cuesta trabajo creer que árboles, montañas y cielo, no han brotado del fondo de aquellos lagos.

Rodeado por tres de las principales islas se halla el mar del Japón. Hay algo infinitamente tranquilo y encantador en ese mar—muchas veces llamado el más hermoso del mundo—que hace desear el placer de navegar por mucho tiempo en sus quietas aguas. Son éstas de un azul purísimo y de entre ellas surgen pequeñas islas de exuberante vegetación, en algunas de las cuales se han edificado templos que dan un aspecto sorprendente a aquel hermoso rincón de la naturaleza.



VISTARIA, NACIDA Y CULTIVADA EN UN PARQUE JAPONÉS

Pero penetremos hacia el interior del país, y comencemos a admirar el paso de Yokohama, puerto principal del Japón,

en la parte que mira hacia América al otro lado del Océano Pacífico.

Desde altamar, mucho antes de avistar la tierra, se divisa la cima de la montaña más alta del Japón. Reparando en ella atentamente, observando su forma, que afecta casi la de un perfecto cono, y viendo su cima cubierta de pura y blanca nieve, se comprende la gran veneración en que la tienen los japoneses, y que se complazcan tanto en reproducirla en sus obras todos los artistas.

Es el Fujiyama, la montaña del dios del fuego, pues, a pesar de su tranquila apariencia, es un volcán apagado, que formó las laderas del monte con la lava y ceniza que vomitó su cráter.

Sentimos deseos de subir a ella, pues se nos dice que el camino es bueno y que convida a unirse a esos peregrinos de capas blancas, cubiertas de campanillas sonoras, que con tanto respeto suben a la cumbre antes del amanecer, para saludar al sol que aparece por el horizonte, dando tintes rojizos a la tierra.

También sería una buena experiencia la de cocer huevos en una de las fuentes calientes que allí abundan.

Pero veamos antes Yokohama.

Los incesantes silbidos de los vapores, la multitud de naves de todas las naciones, el movimiento en los muelles, el chirriar continuo de las grúas, los grandes almacenes y los enormes rimeros de mercancías, todo nos da a entender al punto que el puerto de Yokohama es eminentemente comercial.



Una calle de Tokio, en la que se ve a una dama paseando en el *rickshaw*, especie de coche de punto del Japon.

Pero; cuán distintos son los *coolies* con sus cortas blusas azules, de los trabajadores de nuestros muelles! ¡cuán pequeños los policías! ¡qué raro efecto produce recorrer las calles de la ciudad en un *rickshaw*, que viene a ser algo así como un carrito de dos ruedas del que tira, no un caballo, sino un hombre!

El hotel sí que es muy parecido a los nuestros, y en él vemos a multitud de japoneses vestidos a la europea, con levita y pantalones. Pero abundan más los vestidos con el traje nacional, el *kimono*, que es algo así como una bata multicolor que llevan indistintamente los hombres, las mujeres y los niños.

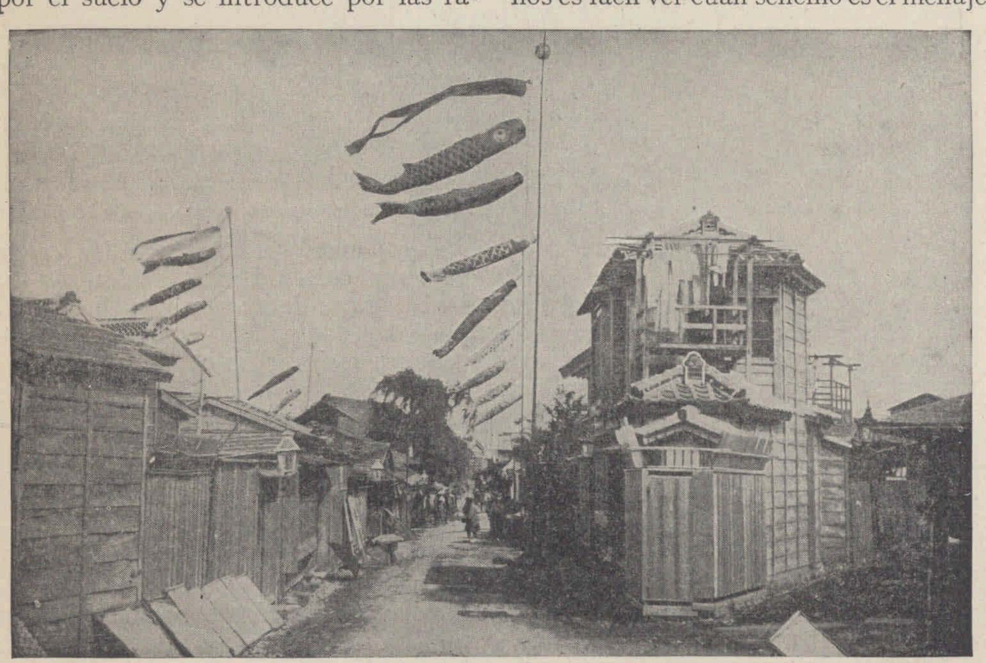
Nuestro plan es ir hasta Tokio, que se halla a uno 30 kilómetros de ferrocarril. Es la capital del imperio, una inmensa ciudad que ocupa una extensión enorme, y en cuyo centro tiene su palacio el Mikado o Emperador. Esta mansión está constituída por un grandioso edifico de techos abovedados y blancas paredes, enclavada en el centro de un parque al que rodea un canal, que cruzan aquí y allá numerosos puentes en forma de arco.

Las casas están todas ellas construídas poco más o menos por el mismo estilo. En casi todas se ve el techo curvado, ya hecho de mimbres ya de ladrillos. Las paredes están recubiertas de fuerte papel oleoso, del que en ocasiones se desprende el aceite que corre por el suelo y se introduce por las ranuras. Para casos extraordinarios se habilitan cuartos con paredes corredizas. No hay ni puertas ni corredores. Por el lado interior de las paredes de papel se recubren éstas con persianas, que durante lo noche se corren encajando la una en la otra y fijándose la última con unclavo.

Una de las razones por que en el Japón se construyen las casas tan sencillas y ligeras, es por tratarse de un país de terremotos; se dice que hay trescientos sesenta y cinco cada año, y siendo las casas tan ligeras es menor el peligro que si fuesen altas y de materiales pesados. Además, en caso de destrucción, es más fácil reconstruirlas.

Como quiera que el frontis queda completamente abierto durante el día, nos es fácil ver cuán sencillo es el menaje

EL FUJIYAMA, EL GRAN VOLCÁN DEL JAPÓN



UNA CALLE DE YOKOHAMA, ADORNADA PARA CELEBRAR EL GRAN FESTIVAL DE LOS NIÑOS

de esas habitaciones. Los suelos se hallan cubiertos de riquísimas alfombras de paja blanda, sin que haya en ellas ni una sola mancha, pues las botas y zapatos que se llevan por la calle, se dejan a la puerta de la casa, y todo el mundo anda por el interior de las habitaciones con sus gruesos *tabi* blancos o calcetines, con una división para el dedo gordo. Se sientan siempre los japoneses en cojines, no en sillas, y para la comida, se dispone una mesa pequeñita para cada persona.

INTERIOR DE UNA CASA JAPONESA

Hospitalariamente invitados a una de estas comidas, hallamos muy molesto el estar sentados en el suelo, y se nos hace muy cuesta arriba eso de beber aquellas tacitas de te amargo, sin azúcar ni leche, al revés de como estamos acostumbrados a tomarlo en América. No hay ni pan ni mantequilla. La carne apenas se come en el Japón, y el gusto del pescado, tal como en el Japón se condimenta, se aviene mal a nuestro paladar.

Pero la principal dificultad con que tropezamos para llevarnos la comida a la boca son los palillos que allí se usan en vez del cuchillo, tenedor y cuchara, especialmente para comer el arroz, que es allí uno de los principales alimentos.

Por la noche extienden los japoneses en el suelo gruesos colchones de algodón, llamados *futons*, sirviéndoles de almohada un trozo de madera. Los que están acostumbrados a ello, duermen tan ricamente como nosotros en nuestras camas de somiers, sábanas, colchones y almohadas de pluma. Al amanecer se recogen todos los trastos



UNA DE LAS CLASES EN UNA ESCUELA DE NIÑOS DE TOKIO

que han servido para dormir durante la noche y se guardan en armarios. Estas son las comodidades de que gozamos en excursión desde el Fujiyama.

Todo ello nos parece rarísimo, pero mucho más raro nos parecerá ver que los japoneses guardan sus tesoros en unos almacenes anexos a la casa, y los cuadros, — que rara vez tienen marco — ricas telas, vasos y demás objetos de adorno, son sacados de allí sólo una o dos veces al año, para que sean admirados en la casa.

De qué modo viajan las damas por el campo en el Japón.

No nos cansamos de contemplar los bazares y tiendas, repletos de preciosos objetos; quisiéramos adquirirlos todos, en especial las muñecas y jugetes, que en el Japón se construyen mejor que en ninguna otra parte del mundo.

Todo está dispuesto de tal modo que parece que nos hallamos en un país en miniatura. Mirando los lagos y ríos, las pequeñas islas y puentes, los árboles plantados con una simetría que parece obedecer al plan general, nos forjamos la ilusión de que se trata de la decoración de uno de esos platos que adornan las paredes de nuestros despachos.



Muchachas japonesas jugando al volante.

Por muy encantador que sea todo ello, nada lo es tanto como la flora del Japón. Es tan extremado el cuidado que con las flores se tiene, y tal su profusión, que en todo el país se observa un verdadero derroche de colores que perdura casi todo el año. Tan bello florecimiento comienza en la hermosa primavera con la flor de los árboles frutales, y tanto se la aprecia, que incluso es costumbre conceder vacaciones a los que desean ir a los parques a gozar del hermoso espectáculo.

Pasados algunos meses, vienen las magníficas *vistarias* blancas y purpúreas, que cuelgan como cortinajes desde sus grandes árboles; los soberbios iris y lirios que ocupan grandes extensiones; el loto de color crema y las peonías y azaleas encarnadas, y un sin fin de flores de todas clases, hasta que llega el otoño y con él toda suerte de crisantemos, que destacan sus preciosas tonalidades entre las hojas rojas y doradas de dicha estación.

Y las flores nos conducen a hablar de las niñas, porque ellas son tan alegres, tan hermosas como las flores, sobre todo en la época de las vacaciones. Entonces se visten con sus más bonitos kimonos, azul, rosa, oro, encarnado, con ramajes de vistaria y flores de cerezas, rosas tejidas, estampadas o bordadas, usando como cinturón un fino y ancho *obi* o chal que se confecciona de

materiales tanto más ricos cuanto mayor es la fortuna de los padres, y que termina en un gran lazo a la espalda.

Como las niñas llevan adornadas sus negras y brillantes cabelleras con ricos alfileres y peinetas, igual que se engalanan las mujeres, parecen copias diminutas de sus madres. Estas pequeñas *mousmes* aparecen siempre alegres y saltarinas. También los niños llevan kimono, pero no tan fino como el de las niñas. Tan pronto como tienen siete años, se sienten orgullosos de llevar unos pantaloncitos por debajo, en vez de las falditas coloradas como sus hermanas.



UNA FAMILIA DE « AINOS » EN SU CASA, EN EL JAPÓN

Los « ainos » son los habitantes más antiguos que en el Japón se conocen.

En cuanto a los bebés,—si por casualidad llegamos a conocer alguno,—nos volvemos locos con él. Son exactamente iguales a esas muñecas que del Japón se envían a Europa, con su cabecita medio afeitada y moviéndola del mismo modo que los muñecos artificiales. Las pequeñas manecitas y piernecitas muestran los pliegues de la gordura, asomando por debajo del pequeño kimono, que se les sujeta con un estrecho chal. Mientras el bebé no puede andar, se lo cuelga la madre, por medio de un chal, a su espalda, o bien hace lo mismo la hermana mayor; y allí duerme el

NIÑOS JAPONESES DEL KINDERGARTEN DE TOKIO, VISTIENDO EL TRAJE NACIONAL

bebé o mira con sus vivos ojos negros cuanto ocurre a su lado.

Y es lo notable que no sólo los niños, sino que incluso la gente adulta, es en el Japón aficionada a los juegos. Con asombro presenciamos una lucha entre cometas. Un gran dragón y un pájaro vuelan en lo más alto del espacio. Es imposible imaginarse la furia con que unos y otros tiran del cordel, para conseguir que los aparatos se embistan.

También demuestran un interés extraordinario en las competencias en el arte de tejer. Los habilidosos juegos de pelota les son agradabilísimos. Las mejores u *honorables* muñecas, como las llaman, con sus vestidos y menaje de jugueteria, se guardan en los sótanos, junto con los tesoros de la familia, entre los que se encuentran objetos que pertenecieron a los bisabuelos de la generación presente; aquellos juguetes sólo son sacados una vez al año, el tres de Marzo, fiesta de las niñas. Los niños celebran su fiesta el cinco de dicho mes.

CAMINO DE LA CIUDAD DE LOS TEMPLOS



En nuestro grabado aparece una larga avenida que conduce a la ciudad de los templos, de Nikko. Nikko es una las ciudades sagradas del Japón, poblada de templos, con minaretes que adornan extrañas estatuas de dioses. La avenida está formada por dos hileras de árboles, algunos de los cuales mide de 18 a 20 metros de altura.

Se asegura que los niños japoneses no son revoltosos; si ello es cierto, sólo prueba la bondad de sus padres. De todos modos da gusto mirar su compostura y considerar su buena educación; incluso los pequeñuelos están enseñados a guardar en sus modales la mayor gentileza y sumisión, y en todo momento os parecen contentos y felices.

Los padres cuidan de ellos con verdadera devoción, aunque jamás se les

ocurrirá mimarles o besarlos; no es la costumbre del país.

Les educan con todo el esmero que les permiten sus medios, sin olvidar las reglas de higiene, pues el baño caliente, lo más caliente posible, constituye una verdadera obligación para todo japonés, incluso para los que pertenecen a las clases más menesterosas. No regatean los juguetes a sus hijos, a quienes colman de chucherías en las ferias y festivales, que constituyen un aspecto importantísimo de la vida japonesa donde no se conoce el descanso dominical. Pero igualmente que se les permiten los juegos, los niños japoneses trabajan como verdaderos hombrecitos. Se les hace perder años enteros para que aprendan los caracteres difíciles de los chinos, que éstos les legaron mil años antes.

Un *kindergarten* japonés, es un espectáculo verdaderamente delicioso, pues en él se ve a los niños copiando del natural un ave o un objeto cualquiera de los que produce la naturaleza, con la particularidad de que igualmente trabajan con la una que con la otra mano.

Nos asombraría tal espectáculo si no pensáramos que se trata de un país de artistas, de los mejores artistas a mano que se conocen.

Las escuelas del Japón son muy variadas y en cada una se practica la enseñanza de un modo especial, para que responda en cada caso a las inclinaciones o aficiones del niño.

A fuer de buenos patriotas, los japoneses no han olvidado la enseñanza de la gimnasia, para que el niño se críe fuerte, y que llegado el día de una guerra pueda medir sus fuerzas con los ciudadanos de otras naciones.



UNA ESCENA EN EL MAR DEL JAPÓN

Al dar una vuelta a la escuela, llama nuestra atención ver cómo los niños leen sus libros al revés, y ello es debido a que el alfabeto chino empieza donde acaba el de los europeos.

Su tema favorito es la historia de su país. La memoria de los que fallecieron dando gloria y honor a la patria, no se olvida jamás; el mayor respeto rige para el recuerdo de los antepasados. Para los niños constituye un verdadero placer el asistir a las representaciones en que gráficamente se ponen de relieve las grandes acciones de los antiguos héroes, y la visita a los panteones, donde yacen los cuerpos de los que fueron guerreros victoriosos. En el Japón ningún prestigio es tan alto como el del heroísmo.

Pero las pequeñas *mousmés* crecen muy aprisa, se casan muy pronto; y en aquel momento les llega el turno de llevar una vida sobria, recluídas eternamente en su casa, y a dedicarse a servir al marido y a los parientes, y educar la próxima generación de los que han de ser buenos y alegres niños.

Y el chicuelo bien pronto se ve obligado a seguir a su padre en el ofico o profesión que éste practique. Quizás sea el cultivo de una porción de campo o de jardín, tal vez la pesca, o en el campo de la industria, quizás los trabajos de laca, bronce, porcelana, mimbres, juguetería, que tanta fama han dado a aquel país.

El Japón ha hecho grandes cosas, pero sin duda le están reservadas otras mayores, pues la gran masa del pueblo se halla predispuesta a aceptar las ideas de las naciones cristianas, a pesar de que las ideas tradicionales difícilmente se olvidan.